Nota del editor

Allí todo era verdad, aquí es todo seducción

1. *Caveat auctor!*

Como recuerda Salvador Barberá en el prólogo, era Urrutia (y es) un personaje ocupado y múltiple. Era muchos —el economista, el universitario, el banquero, el nacionalista— y todos sus *yoes* escribían, de modo que en diez años se las ingenió para crearse una identidad dispersa como autor. Escribió distribuido entre sus múltiples identidades, normalmente de encargo o *ad hoc*, y fue tejiendo una red de lectores a los que, de cuando en cuando, retaba a recomponer su condición de autor compilando sus escritos en gruesos volúmenes distribuidos en edición no venal. Titularlos *A trancas y barrancas* no solamente expresaba las circunstancias de su composición, sino la irreductibilidad con la que Urrutia se presentaba ante ellos: ¿quién podía presumir de ser lector de todos los Urrutias perdidos en aquellos miles de folios? Hubo un momento en el que ni él mismo pudo. Fue entonces cuando dio conmigo, como siempre falto de tiempo, y me encargó que de todos esos Urrutias extrajese un solo autor —no importaba si el verdadero—. De ahí surgió *La mirada del economista*. Pero, sin duda, el lector estará ya preguntándose: «¿y qué mira este Urrutia desmultiplicado?»

2. Juan Urrutia en porciones

En nuestro imaginario, el economista liberal no es un personaje optimista: a menudo nos recuerda que a la diversidad de opiniones acompaña la diferencia de intereses, y que nuestros argumentos no suelen bastar para reconciliarlas. En efecto, para quie-

nes asocian la racionalidad a ese consenso universal sobre lo mejor, un acuerdo particular sobre los precios no será nunca consuelo. Cuando Max Weber, economista y liberal, diagnosticaba la imposibilidad de que una sola fe nos uniese en política, lo decía entristecido a la vista de un mercado que se bastaba para alcanzar la armonía que no logra el diálogo: *thy blood or mine*. Pues bien, contra Weber, Urrutia defiende con su propio ejemplo que el economista postmoderno sería, ante todo, un *politeísta alegre* y no por vocación, sino de oficio. Al demostrar sus teoremas, el economista tendrá que tomar a menudo en consideración no sólo los intereses de sus agentes, sino también sus creencias, y no siempre tendrán que ser verdaderas para que se alcance el equilibrio. Matematizando a diario agentes politeístas, ¿quién podrá evitar el contagio? Al poner su mirada sobre la realidad, el economista contará con tantas alternativas más como creencias tengan sus agentes. Y el economista acabará volviéndose él mismo politeísta de su propia fe: ¿quién podrá creer en que del modelo resultará algorítmicamente una respuesta cuando tengamos que actuar? Y en esta apertura de la realidad encontrará el economista postmoderno su alegría. Contra las pretensiones del intelectual moderno, agotado ante la imposibilidad de unificar el mundo en una sola teoría, el economista, un simple experto, «se regocija pensando lo mucho que le queda por entender».

Como buen politeísta, el experto sabe que no se puede ser durante mucho tiempo ni ortodoxo ni heterodoxo. A quien se proponga aconsejar al Ministerio de economía desde la ortodoxia teórica, Urrutia le recordará que ésta no admite el monoteísmo —así, contra los gobiernos del «sólo una política económica es posible». Y a quien denuncia la economía ortodoxa por no ofrecer alternativas para ese «otro mundo posible», Urrutia le mostrará que simplemente las desconoce —así, contra los manifestantes antiglobalización. En suma, el economista experto abogará por el oportunismo bien informado, que sepa ver las oportunidades allí donde nunca las encontrarían ortodoxos ni heterodoxos.

Que un politeísta se declare nacionalista quizá no resulte ya tan extraño: si no hay una sola fe, ¿qué sentido tendrá ya el universalismo en política? De nuevo, el imaginario nos devuelve la

imagen del nacionalista como un personaje lúgubre: alguna vez creí entender en Heidegger que, ante nuestra imposibilidad individual de vivir el instante, sólo podíamos apropiarnos de nuestro destino en la comunidad: contra la novedad del momento, nuestro destino está en la tradición. Pues bien, Urrutia reivindica aquí un nacionalismo individualista y ávido de novedades: ya que no la verdad ni la razón, sí puede unirnos el gusto por las convenciones que compartimos (fraternidad), esa confianza mutua incesantemente construida en el mercado de las naciones, donde el individuo intercambia memes. El nacionalismo de Urrutia es, por tanto, un liberalismo fratricial. Que en su caso particular sea, además, vasco supongo que se explica por venir de Bilbao, pero tampoco sorprenderá a nadie que un nacionalista así defienda allí la negociación.

De entre los distintos Urrutias que aquí se nos presentan, el más amable en nuestro imaginario será el de profesor universitario, el de investigador en centros de vanguardia, el constructor de instituciones de prestigio. Como era de esperar, también en esto su espíritu de contradicción se ocupará de decepcionarnos. Quien quiera creer lo mejor de la Universidad, tendrá en Urrutia a su patrón, pues su actividad como promotor de algunos de los Departamentos e institutos de economía hoy más prestigiosos en España es innegable y bien conocida: ideas como la evaluación externa de la docencia y la investigación universitaria o la recuperación del sentido de su misión social son argumentadas por él del modo más convincente. Quizá por ello, su escepticismo sobre el papel que pueda desempeñar en un mundo postmoderno resulta más inquietante. Y aquí, más que en el nacionalismo o en la teoría económica, sí que hay algo de innegablemente biográfico. Urrutia es de una generación educada en los ideales clásicos, el espíritu crítico moderno, donde el saber científico *concedía su favor a los humildes y abatía a los soberbios*. Que tanto humildes como soberbios se volviesen politeístas dejó a la Universidad muda: ignorantes de la verdad que se imparte en sus aulas, el descreimiento de los contribuyentes exige hoy que las Universidades compitan entre sí para saber en cuál de ellas confiar (para que produzca expertos, antes que intelectuales). ¿Cómo corresponder a esta demanda?

El dilema es aquí la gestión del talento de docentes en el mercado, y Urrutia nos ejercitará nuevamente en la adoxia con sus propuestas: gobierno de la Universidades, cotización bursatil… Pero la auténtica dificultad es algo más radical: en palabras del autor, ¿puede una Universidad ateniense producir talentos manchesterianos? Es decir, ¿puede una institución concebida desde la eternidad de las verdades científicas educar para innovar al paso que exigen hoy los mercados? ¿Sabrá enseñarnos a dejarse arrebatar por el cambio?

3. Los textos

Descubrir este argumento en los 128 textos compilados en *A trancas y barrancas* (de ahora en adelante, ATB) y extraer de sus tres volúmenes una selección que lo recogiese fue mi primera tarea como editor. Los 128 se quedaron así en 15, a los que Urrutia sumó algunos más que no llegaron a publicarse en ATB. Con estos 20 artículos autor y editor compusimos *The essential ATB*: seis artículos de prensa y siete de muy diversas publicaciones periódicas, cinco capítulos de libros y dos textos inéditos. Pero aquí no acabó todo. Escribir de encargo deja muchas *secuelas* en los textos y Urrutia no quería parecer un autor accidental, así que tuve que restaurarlos. I.e., localizar la mejor versión, ubicar las citas que se iban dejando caer, y aclarar de cuando en cuando alguna referencia en notas. Que me disculpe el lector si alguna de estas le resulta impertinente, pero mi experiencia con Urrutia es que uno no sabe nunca quiénes son sus lectores —y sé, en cambio, que algunos me lo agradecerán. Y ya puestos a tejer la red, también anoté de cuando en cuando distintas conexiones entre artículos de Urrutia; a esto sí que no pude resistirme.

4. Miradas de fuego, miradas de agua

Hasta aquí mi autor, aunque supongo que ustedes mismos encontrarán otros en estas páginas. Como avisa el título, todo está en la mirada. Y es que ya lo decían los presocráticos. Algu-

nos, como Demócrito, defendieron que el ojo era una superficie reflectante en la que se proyectaban pasivamente las imágenes de los cuerpos, pero ustedes seguro que estarán con Urrutia y los pitagóricos en que el ojo, agua y fuego, veía por sí mismo emitiendo rayos que alumbran los objetos. Que un economista acierte a iluminar así cuestiones tan diversas y polémicas nos sugiere que el adjetivo mundano no es tan peyorativo como a primera vista pudiera parecer. Vayamos una vez más a los clásicos: decía Kant, cuando se calificaba a la filosofía como sierva de la teología, que no se sabía muy bien si aquella «precede a su graciosa señora portando la antorcha o va tras ella sujetándole la cola del manto». Acostumbrados a pagar a los economistas para que nos sirvan sus modelos, puede que a muchos les asalte de cuando en cuando la tentación de despreciarlos como *maîtres à penser*. A estos, Urrutia se divertirá en mostrarles de quién es la mirada que guía la antorcha.

David Teira
Salamanca, octubre de 2004

Referencias*

— *A trancas y barrancas (o quizás Malgré tout)*, Madrid, multicopiado, 1994 [De ahora en adelante ATB I].
— *A trancas y barrancas II. Sin paliativos*, Madrid, multicopiado, 1999 [De ahora en adelante ATB II].
— *A trancas y barrancas III. Fin*, Madrid, multicopiado, 2000 [De ahora en adelante ATB III].
— *Economía en porciones*, Madrid, Prentice-Hall, 2003.

* Próximamente, estos textos podrán consultarse en *http://juan.urrutiaelejelde.org*